

LA señora Petronila permaneció al lado de mi cama hasta que el acceso hubo pasado del todo: entonces, después de haberla tranquilizado exigí que se fuese á descansar: su cuarto estaba solo separado del mio por una pared muy delgada y la dije que si necesitaba alguna cosa la llamaria.

Apenas hubo salido, se apoderó de mí un pesado sueño, turbado toda la noche por visiones espantosas.

Parecíame que estaba en un templo magnífico en el que resonaban los cantos de los sacerdotes y los acordes de una dulce música: nubes de incienso llenaban el hogar santo.

Yo sufría un cruel martirio y lloraba amargamente porque delante del altar veía una jóven, ceñida la frente con la corona de las desposadas y á su lado se hallaba arrodillado un gallardo mancebo.

¡Cómo mi corazón se heló de desesperacion y de espanto cuando el sí fatal salió de los labios de Rosa y cuando la bendicion del sacerdote la unió para siempre al enemigo de mi dicha!

Cuando Rosa se separó del altar y pasó delante de mí, levanté sobre ella una mirada lastimera: mi alma imploraba la piedad para mi mortal sufrimiento: pero ella me

envió una mirada llena de odio, y su marido otra de triunfante desden.

Un grito de angustia se escapó de mi pecho y resonó en el templo. . . ! despertándome con la frente bañada de un helado sudor.

Cuando me adormecí de nuevo me hallé en casa de Mr. Pavelyn: era el día en que los jueces del concurso debían reunirse, y esperábamos su sentencia con confianza: de repente se presenta el bedel de la Academia: alegres aclamaciones le saludan y adelantan el anuncio de mi triunfo: mas es preciso persuadirse muy pronto de que otro ha recibido la palma y que yo solo he alcanzado el segundo sitio.

Mi bienhechor me acusa de negligencia y de presuncion. Rosa declara que no puede haber ya nada de comun entre ella y un hombre que no ha tenido ni el valor ni el talento de elevarse hasta ella por medio de su arte: con la cabeza inclinada y el corazón desgarrado y lleno de vergüenza, dejo la casa de los que fueron mis bienhechores: ¡ellos me han despedido! Vos no sois un artista! exclaman el padre y la hija, y estas palabras resuenan en mis oídos como una sentencia de muerte.

Mas de una hora me fué precisa para dominar la impresion penosa que esta fúnebre vision me habia causado: sin embargo, me dormí de nuevo: entonces mi imaginacion me trasportó á mi pueblo natal: yo no sé cómo mis padres habian penetrado el secreto de mi corazón; mas yo veía la mirada de mi padre inflamada de cólera, y el rostro de mi madre lleno de lágrimas: ambos me reconvenian por el loco orgullo que me habia llevado á la mas cobarde ingratitud.

Habia osado elevar los ojos hasta la hija de mis protectores: habia disipado así todas las fuerzas de mi alma, y faltado al cumplimiento del deseo de aquellos. . . Dios me habia castigado negándome la luz del talento y el fue-

go del genio. Mi madre se quejaba con acento lleno de amargura, de que la habia hecho desgraciada, y mi padre, arrebatado de una furiosa cólera, me abrumaba con su maldiccion.....

¡Oh, qué noche! las visiones mas espantosas se sucedieron en ella presagiándome desgracias, de las cuales la sola posibilidad me haria temblar en medio del dia!

Llegué á temer el sueño, que cada vez que llegaba, volvia á sumergirme en tan crueles pesadillas, y hacia esfuerzos vanos para tener los ojos abiertos; mas despues de una larga lucha sentí desfallecer mis fuerzas, sucumbí de nuevo, y vencido, dejé caer mi cabeza aturdida sobre las almohadas.

Sin duda que mi imaginacion habia agotado la série de espectros que podian espantarla, porque desde aquel instante mi sueño no fué ya turbado ni interrumpido por funebres visiones: y cuando, ya muy tarde, me desperté al ruido que hizo Petronila al entrar en mi cuarto, no me sentí enfermo; pero sí fatigado en extremo y con el espíritu sumergido en una grande tristeza.

Despues de haber bebido una taza de té, quise volver á dormir; mas en este instante la puerta se abrió, y mi madre, que habia salido de la aldea, al amanecer, entró en mi cuarto.

Las lágrimas brotaron de mis ojos: ella me estrechó en sus brazos con un grito de inquietud y de dolor, é interrumpiendo solo sus caricias para reconvenirme por no haberle avisado mas pronto de mi enfermedad: mi extrema flacura y palidez la espantaban y la hacian llorar con desconsuelo cada vez que sus ojos se fijaban en mi semblante.

La abracé con un reconocimiento infinito y la aseguré que no tenia otra cosa que una calentura sin peligro alguno: que esta calentura, aunque desmejoraba al enfermo en breve espacio de tiempo, no era ni peligrosa ni difícil de curar: que hubiera estado restablecido desde hacia lar-

go tiempo si los trabajos de la Academia no me hubieran fatigado: para disipar los temores de mi madre y para consolarla, fingí estar alegre, afecté reirme y ehancearme y conseguí demostrarle que no tenia razon para inquietarse por mi estado.

Poco á poco se fué tranquilizando, y sus lágrimas cesaron: nos pusimos entonces á hablar mas libremente de diferentes cosas: de la esperanza que yo tenia de salir triunfante, de mi padre, de mis hermanas, de Mr. Pavelyn y de Rosa.

A medida que se disipaba la tristeza de mi madre, mi melancolía aumentaba: ya no me era posible aparentar alegría: por otra parte, la conversacion, al tratar de Rosa, volvia á abrir la llaga de mi corazon y me abrumaba con un indescriptible abatimiento: mi madre comprendió, por mis quejas vagas, que yo trataba de ocultarle alguna cosa importante.

No supe resistir á sus tiernas instancias y acabé por confesarle la verdadera causa de mi pena, y probablemente tambien de mi enfermedad; le dije que desde hacia algun tiempo, Rosa huia de mi presencia y me manifestaba una aversion inexplicable, que me hablaba con amargura y no perdía ninguna ocasion de humillarme.

No me atreví á confesarle que mi corazon se hallaba devorado de un amor secreto, porque yo tenia vergüenza de aquella pasion culpable, y sabia que la mas ligera sospecha de semejante extravío, hubiera desesperado á mi madre: pero le recordé en términos apasionados que Rosa habia amparado mi niñez bajo la sombra protectora de su amistad, y que ella era la sola causa de todos los acontecimientos que habian cambiado el curso de mi vida: que su odio me hacia desgraciado, era cosa de la cual mi madre no podia tener ninguna duda, y no era extraño que este odio, unido á otras causas de inquietud, me hubiese turbado el espíritu trayendo la enfermedad.

Mi buena madre sacudió la cabeza con incredulidad, y sonrió al oír mi explicación: trató mi dolor de aprensión absurda y sin fundamento: quizá sin saberlo había dado yo á Rosa algunos motivos de un desprecio pasajero: pero mi madre pretendía tener pruebas incontestables de que Mlle. Pavelyn me tenía el mismo afecto de siempre: hacia unas cinco semanas que Rosa había ido á mi aldea con su madre.

Yo sabía esto, y había visto con mucha pena que Rosa no me había dicho nada de este viaje, y que solo Mme. Pavelyn me había traído los cariñosos recuerdos de mis padres.

Refirióme mi madre con una especie de alegre entusiasmo que Rosa en vez de aprovechar el hermoso tiempo que hacia, había pasado todo el día á su lado, y le había manifestado mas cariño que nunca: que le había hablado de mí, de la nobleza de mi carácter, del brillante porvenir que me esperaba y de la dicha que sentía al pensar que ella había contribuido en algun modo á asegurarme una suerte dichosa en el mundo. Rosa había confesado que todas las noches dirigía al cielo una ardiente oración para que me concediese la palma en el concurso de la Academia.

Yo escuchaba lleno de asombro: la voz de mi madre me parecía dulce como una música encantadora y mi corazón palpitaba acelerado escuchando su narración: pero aquella era solo una ilusión pasajera: porque no bien hubo cesado de hablar, cuando la imagen del hermoso y altivo Conrado, apareció ante mis ojos trayéndome la fatal realidad.

Confíe á mi madre que desde hacia poco tiempo una viva inclinación se había declarado en el corazón de Rosa por un joven de alto nacimiento y de gran fortuna: que el amor había sofocado en su alma á la amistad, y que sin que yo supiese por qué había concebido hacia mí una aversión extraña desde el momento en que otro sentimien-

to mas vivo y mas poderoso se había apoderado de su corazón: para confiar mi confianza conté todo lo que me había sucedido desde hacia muchos días: cómo Rosa me hablaba siempre con acritud y despecho, cómo me hería intencionalmente, y se asía á todos los pretextos para salir de su casa cada vez que yo iba á ella.

Referí yo todo esto con un tono tan desconsolado é insistiendo tanto en los detalles que probaban la aversión de Rosa hacia mí, que mi madre llegó á dudar de lo mismo que poco antes creía: sin embargo, supuso que mi temor podía ser infundado y me consoló lo mejor que pudo, haciéndome esperar que el estado doliente de Rosa fuera acaso la única causa del poco afecto que me demostraba, cosa que le parecía casi cierta, puesto que Mr. y Mme. Pavelyn se quejaban igualmente de la melancolía de su hija: me recordó además que yo era ya un hombre y que no tenía nada de extraño que no reinase la misma confianza entre Mlle. Pavelyn y yo que cuando ámbos éramos niños.

Después que mi madre hubo pasado algunas horas al lado de mi lecho, se levantó y me dijo que iba á presentar sus respetos á los señores Pavelyn: debía volver á mi lado para pasar aun algunas horas conmigo, antes de regresar á Bodeghem; pero deseaba ver á Rosa y hablarla para saber de ella que la mudanza de que yo me quejaba era puramente imaginaria, sino en el todo, en parte al menos; si era así, me traería este consuelo con grande alegría, y en todo caso, volvería para hablar conmigo.

Desde que mi madre partió, mil ideas extrañas se apoderaron de mi espíritu: Rosa, en su visita á mi aldea, había colmado á mi madre de mil muestras de afecto y de interés casi filial: había hablado con entusiasmo de mi porvenir, de la nobleza de mi carácter, y había añadido que todas las noches rogaba al cielo que me hiciera salir vencedor en el concurso.

No recordaba hácia qué época habia ido Resa á Bodeghem: todo el tiempo que mi madre estuvo á mi lado, me esforcé en probarle que tenia mil razones para creer en la aversion de Rosa; pero cuando me quedé solo me puse á interrogar mi memoria y medí con tal exactitud los dias y los acontecimientos, que llegué á una conclusion imprevista, incorporándome en mi lecho con un grito de alegre incertidumbre.

¿No me habia engañado? ¿era posible lo que pensaba? mas ¿cómo resistir á la evidencia? en el momento en que Rosa en casa de mis padres manifestaba por mí tanto afecto, y un interés tan grande: habian ya pasado nueve dias desde la noche fatal del baile!

¿Qué debia creer? ¿Habia dejado el amor en su corazon una ancha plaza á la amistad? ¿Mi tristeza era en efecto motivada por una aprension mia? Mas entonces ¿cómo explicar su conducta conmigo?

¡Oh! no, no! yo no podia abrir mi corazon á aquella esperanza engañadora; ¿no habia visto mas de una vez animarse la mirada de Rosa con el fuego del odio? Su voz, cuando me hablaba, dejaba conocer la amargura, el despecho y hasta el desprecio! Y, sin embargo, ¿por qué ella, la franqueza y la bondad misma, queria engañar á mi pobre madre?

Largo tiempo mi espíritu estuvo flotando tímidamente entre la alegría y la inquietud, entre el dolor y la esperanza, hasta el instante en que reconocí de nuevo los pasos de mi madre que subia la escalera.

Abrió la puerta y entró muy despacio, creyendo sin duda que me hallaba adormecido. Un velo de tristeza cubria su rostro y conocí en la expresion de su mirada que estaba profundamente afligida.

—¿No es verdad, madre mia, exclamé con amargura, no es verdad que no me engañaba? ¿Vos tambien estais ya convencida de que Rosa me odia!

Mi madre sacudió negativamente la cabeza y dejó escapar un doloroso suspiro.

Tomé su mano y traté de disipar su tristeza exhortándola á tener paciencia: la pérdida del afecto de la que habia sido hasta allí la providencia de mi vida podia desconsolarme durante algun tiempo; pero al fin el hombre se acostumbra á su suerte, por penosa que sea, y yo tambien acabaria por consolarme poco á poco.

Mi madre, sin responderme, lloraba copiosamente, y sus lágrimas, parecidas á perlas de cristal, rodaban por sus mejillas.

—¿Es el daño aun mayor de lo que yo habia pensado? exclamé. Mas aunque sea así, no lloreis, madre mia: yo hallaré la fuerza de dominar mi tristeza: á lo menos tenemos el consuelo de saber que nada he hecho que pueda haber despertado el odio de Mlle. Pavelyn.

Mi madre puso su mano en mis lábios y exclamó con angustia:

—Calla, calla, Leon! Estás blasfemando!

La miré estupefacto y la supliqué me diese la explicacion de estas palabras.

Ella pareció asustada de la aclaracion que yo imploraba: miróme un instante en silencio y me consideró con tanta piedad que yo me puse á temblar.

—Ah, Leon! pluguiese á Dios que Rosa te odiase! Mi corazon maternal no estaria desgarrado en este instante por el presentimiento de una terrible desgracia! ¿Cómo es posible que así te hayas engañado á tí mismo? ¿Es preciso que sea tu madre la que te arranque la venda de los ojos? ¡Ay! yo no me atrevo! y, sin embargo, es mi deber el mostrarte el peligro que te amenaza!

—¿Qué quereis decir? ¿Cual es el sentido de vuestras palabras, madre mia? Hablad! ¿No veis cómo tiemblo?

Mi madre dejó escapar un suspiro sofocado: era visible su lucha entre el deseo y el temor de hacerme la confi-

dencia que yo le pedía: en fin, aproximó sus labios á mi oído, como temiendo que la oyesen, y me dijo sin dejar de llorar.

—Leon, hijo mio, una gran desgracia está suspendida sobre tu cabeza! ¿Crées que Rosa te odia desde que su corazón se ha abierto al amor?

Y bajando aun mas la voz murmuró con acento apenas perceptible:

—Si es verdad que ella ama á alguno, este hombre no es seguramente otro que. . . .

—¿Qué quién? grité temblando de temor y de esperanza.

—No es otro qué tú, mi desgraciado hijo!

Puede asegurarse que esta revelacion suspendió mi vida durante un instante: no acerté á responder: no pude hablar y cerré los ojos para abandonarme á los mil pensamientos tumultuosos que la afirmacion de mi madre hacía voltear en mi cerebro, debilitado y enardecido.

Cuando abrí de nuevo los ojos, mi madre tenía la cara entre las manos y lloraba en silencio: llamé en auxilio mio toda la fuerza de mi alma é hice un violento esfuerzo para dominar mi emocion.

—¡Madre mia, mi querida madre! le dije, os habeis engañado seguramente! lo que creéis es imposible! ¿habeis visto á Rosa?

—He pasado media hora, sola con ella:

—¿Y es ella quien os ha dicho lo que acabais de revelar-me á mí?

—No, Leon: ni una palabra de eso hemos hablado.

—Ya lo veis, mi querida madre! os inquietais sin razon: Rosa os ha tratado sin duda con mucha bondad, y para complaceros ha hablado de mí con benevolencia: yo creo comprender en vuestras palabras que no me es tan hostil como yo suponía, y esta esperanza es un dulce consuelo para mi tristeza.

Una dolorosa sonrisa plegó los labios de mi madre; pa-

recia rehusar dar crédito á mis dudas: no obstante, despues de muchos esfuerzos de parte mia para debilitar su conviccion, admitió la suposicion de que podia haberse equivocado sobre el sentido de las palabras de Mlle. Pavelyn; y en efecto, esta no le habia dicho nada de positivo.

Mi madre, empezó á demostrarme cuál seria el pesar y la humillacion de los padres de Rosa, si sus sospechas eran fundadas: me recordó uno por uno todos los beneficios que me habian prodigado desde mi infancia, y probó á hacerme comprender que era mi deber delante de Dios y para con mis generosos protectores el quitar al extravío del corazón de Rosa, todo alimento y toda ocasion de desenvolverse si era verdad que su amistad por mí se habia cambiado en otro sentimiento: segun mi madre, mis visitas á casa de Mr. Pavelyn debian ser tan raras como lo permitian la mas estricta política y los límites extremos de las conveniencias: y aunque corriese el riesgo de irritar á Rosa contra mí, era preciso mostrarme frío y poco expansivo con ella.

Miéntas que mi madre, con una terneza llena de persuacion, se esforzaba en armarme contra el peligro que me amenazaba, tuve muchas veces deseos de dejarle leer en mi corazón y de pedirle fuerzas contra mi propia debilidad: pero cada vez que se me ocurría, retrocedía lleno de terror ante esta revelacion, que hubiese llenado el alma de mi madre de inquietud y de dolor: por otra parte, mi padre hubiera sabido por ella, que me habia dejado llevar hácia un sentimiento que no podia tener á sus ojos otro origen que un loco orgullo, y una culpable ingratitude: en su severidad, en su lealtad de hombre honrado, se hubiera creído en el deber de avisar inmediatamente á Mr. Pavelyn, y de decirle que yo era indigno de su estimacion y de su apoyo: esto hubiera sido el colmo de la desgracia, lo mismo para mis protectores como para mí: así, mi secreto debia quedar sepultado en el fondo de mi

corazon, y si me era posible, debía guardarlo hasta la muerte, y sin que nadie mas que yo, tuviera que sufrir por él.

Nada quise, pues, decir á mi madre, que pudiera hacerle sospechar mi amor por Rosa: y lejos de eso, le ofrecí seguir en todo sus consejos.

Me exigió que le escribiese hácia el fin de la semana: y me dijo, que si la fiebre no desaparecia, vendria mi padre para deliberar conmigo si seria preferible, terminados mis trabajos de la Academia, marchar con él á la aldea, y permanecer allí, hasta que estuviese restablecido por completo: abrazóme de nuevo: me habló con ternura, y afectando una confianza en mi dicha, que seguramente no tenia, me dejó al fin, volviéndose veinte veces para decirme adios.

Cuando hubo partido, dí al olvido el mundo entero, para sumergirme en la contemplación de mi dicha.

¡Me habia equivocado! no era el hijo del opulento banquero, no era Conrado de Somerghem quien poseia el amor de Rosa! no, no! yo, yo solamente era el amado!

Muy culpable era quizá la alegría que me extraviaba hasta la locura, que me hacia reir, y que hacia palpar mi corazon, como si el cielo se hubiera abierto para recibirme; pero yo me habia vuelto ciego.

Solo veia su amor: solo oia la voz de mi madre, que me repetia:

—Si hay un hombre en la tierra que sea amado de Rosa, ese eres tú; mi hijo!

Mi pecho se intundaba de orgullo: mi corazon saltaba de alegría: alguna cosa me daba la certidumbre de que yo estaba completamente curado de mi enfermedad; entonces mi sangre empezó á circular con fuerza por mis venas, y salté del lecho, porque tenia necesidad de movimiento y de espacio.

Hubo un momento en que atravesó por mi espíritu la idea de que me preparaba un amargo desencanto, de que

mi madre se habia engañado, y de que en mi primera visita á casa de Mr. Pavelyn, mi ilusion se desvaneceria como un sueño vano; pero esto no disminuia mi alegría, porque la sola duda, era ya una dicha inexplicable.